

0120-03860



1020111709

PQ7297
.R386
Z832
E.2



FONDO UNIVER I. ARIO

37448

Para la Biblioteca "Alfonso Reyes" de la Universidad de Nuevo Leon Monterrey, N.L., Abril 11 de 1957
Alfonso Rangel Guerra

ALFONSO REYES Y SU IDEA DE LA HISTORIA *

Alfonso RANGEL GUERRA

CUANDO se me pidió una conferencia para tomar parte en este Ciclo Alfonsino, dedicado a exaltar la vida y la obra de nuestro máximo escritor, acepté la propuesta, sabiendo de antemano que la labor sería quizá muy superior a mis fuerzas. Pero no pude negarme, me ví empujado por la admiración y estimación que tengo para este regiomontano ilustre. Buscando algún aspecto de su obra para tratarlo en forma aislada, decidí enfocar esta plática sobre las ideas o reflexiones relativas a la historia y sus problemas que ahí pudieran encontrarse. El resultado son estas páginas, donde no hay más que apuntes y notas, pues el verdadero trabajo queda para los estudiosos que lleguen a ocuparse de este capítulo tan interesante de nuestro hombre de letras.

Quizá he abusado al poner al frente este título: "Alfonso Reyes y su idea de la Historia", pero a mi me servirá como punto de partida para iniciar la marcha, que ya después me tomaré la libertad de seguir caminos laterales, volver y desandar lo andado, detenerme en aquellos puntos que nos ofrezcan

* Conferencia leída por su autor el 5 de Agosto de 1955, en el Ciclo Alfonsino que organizó la Escuela de Verano de la Universidad de Nuevo León para celebrar el Jubileo Literario de Alfonso Reyes.

atractivos, ya que, finalmente, un tejido nos lleva a otro en esta red maravillosa que es la obra de Alfonso Reyes.

Alfonso Reyes posee el secreto de la sabiduría, y ha sabido verter, junto a lo fuerte y agrídulce, el gusto de los vinos generosos. Así, es común verle sobre fichas y documentos para alcanzar ediciones críticas de clásicos castellanos, o buscando la palabra poética capaz de descubrir los viejos secretos del lenguaje; atravesar los áridos campos de la erudición sin perder en el camino las personales prendas, y ofrecer a sus lectores —que son sus amigos— frente a las notas del estudioso, las que provienen de los rincones de su espíritu. Resultado de esta equilibrada arquitectura interior es toda su obra, que cubre ya medio siglo de las letras mexicanas.

¡Cómo no reconocer que estamos frente a un caso singular, frente a un espíritu que todo lo interroga y lo lleva, con el hilo de Ariadna que es su pluma, a los escenarios del pensamiento! Ahí se recrea Alfonso Reyes; ahí toma su existencia el ritmo normal, el pulso que regula la respiración de su alma, como él mismo dijo hace ya mucho tiempo.

Para penetrar en este recinto y poder disfrutar todo lo que en él se nos ofrece, tendremos que acercarnos con espíritu propicio, dispuestos a tomar apoyo en las calladas insinuaciones, en el razonamiento robusto, en la imagen temperada por la palabra. Haremos así el viaje guiados por su mano, que al fin y al cabo, a través del coloquio silencioso, la obra escrita se completa en el lector.

* * *

Detengámonos pues en una de las alas del vasto edificio. Aquí, Alfonso Reyes abre una ventana a la historia. Con esto no queremos decir que, en estricto sentido, sea un historiador, pues no se ha dedicado al estudio metódico y a la investigación del pasado; tampoco trata de desentrañar, mediante la interpretación de documentos y otros elementos auxiliares para el que se ocupa de estos menesteres, las dudas o lagunas que cubran alguna época histórica. Lo ha hecho alguna vez, pero lo que hace es proyectar su pensamiento hacia estas regiones porque su innata curiosidad le lleva a tratar de lograr por cuenta propia la iluminación de lo que pueda encontrarse en la oscuridad, o lo que por su atractivo incite a ser manejado de nuevo. Esta fuerza lo empuja ya sobre la Troya homérica, ya sobre la historia misma an-

tes de Herodoto, ya sobre las causas que produjeron la descomposición del Imperio Romano, ya, en fin, sobre problemas que nos tocan más de cerca, como el descubrimiento de América. Y si en estricto sentido, como decimos, no es un historiador, sí es un hombre inquisitivo, sin barreras que le impidan acercarse a los problemas de la historia.

Desde su mirador observa los rumbos que toma el suceder humano, alcanza con su vista lo que ya se ha dejado atrás, y apunta sus observaciones. Este suceder, que se realiza para ya no volver a repetirse, para no dar ni un solo paso atrás, es lo que le hace ver la historia como algo patético, "irreversibilidad de las cosas siempre en marcha, con su rugido de Nilo en creciente que no sufre márgenes ni orillas." (1)

La perspectiva —nos dice— produce inevitablemente cierto error o convención óptica. La línea que se traza desde el observador al objeto observado sufre necesariamente la intromisión de las circunstancias, que nunca son idénticas para todos los pueblos y todos los hombres. Por eso, dice en otro capítulo de sus observaciones, en extremo rigor, las representaciones del tiempo y del espacio suelen llegar a la mente torcidas y refractadas. El conocer histórico, en este caso, parece que se nos vuelve un imposible, algo como una visión lejana fuera de nuestro alcance; y detrás de todo esto, una serie de consecuencias, como serían nuestra limitación a una dimensión temporal, la renunciación a nuestro pasado, y, porqué no, al derecho a olvidar, necesario para poder vivir, según dijera Antonio Caso recordando al filósofo alemán. Pero todo esto, que parecería a primera vista la negación misma de la historia y su condenación, no es tal. Lo que hace Alfonso Reyes únicamente es poner el dedo sobre la capa de relatividad que cubre las cosas humanas. Y no se engaña; va hasta la entraña misma de lo que lo rodea, y sabe que a veces el hombre no tiene ante su vista sino las sombras de la caverna platónica.

Condena el escepticismo histórico, esa posición que declara la falsedad del conocimiento de nuestro pasado, la falta de veracidad en el resultado que pueda obtenerse de la investigación del pretérito, dejándole una posición relegada frente a las otras ciencias; lo condena, y se adelanta a defender la historia. A ésta —dice— no puede exigírsele más de lo que se exige a nuestras otras actividades. Es claro. Porque suele ocurrir que se ven en la historia pretensiones de querer lograr la explicación de cuanto pesa sobre la

(1) *Pasado inmediato y otros ensayos*. El Colegio de México, México, 1941. Pág. 7.

humanidad, siendo que sus fines se originan, como tantas otras búsquedas del espíritu, en la inquietud humana, en ese perenne afán de descorrer el misterio. Y si a veces se tropieza, si se cae en lugares que pueden tornarse peligrosos, no es error que pueda considerarse privativo de ella, como nos lo mostraría el repaso de los otros capítulos del conocimiento. Estos ataques a la historia nos acercan al problema tan debatido de si ésta puede o no elevarse a la categoría de ciencia. Quizá pueda darse una respuesta afirmativa si se toma en cuenta que tiene sus métodos propios, su objeto de estudio, sus principios que la rigen. Y en un amplio sentido, podría decirse lo mismo de todo lo que se alcanza a través de la lente del conocimiento; así Alfonso Reyes nos dice que algunos llamaron a la historia "ciencia" como pudieron llamarla "disciplina". Pero "otros la han llamado "ciencia" con una intención más ambiciosa, pretendiendo ver en ella un sistema de generalizaciones garantizadas para descubrir el pasado y prever el porvenir, y éstos, ciertamente, han exagerado y han desvirtuado el concepto de la historia, incomprendible sin el fermento de libertad y sin la modalidad distinta y exclusiva del suceder histórico." (2). Imposible, pues, exigir a la historia que, mediante cuadros determinados, regulados por leyes inalterables, nos de la visión completa, no ya de los hechos pasados sino de los que están por pasar. Y estos dos elementos, fermento de libertad y suceder histórico, tendrán necesariamente que surgir en todo concepto de la historia para poder comprender ésta y no caer en falsos y a veces ridículos resultados que no sirven más que para denigrarla al deformar su imagen. No puede ser de otra manera. No puede entenderse que ese *suced*, ese correr en el tiempo, esté sujeto a leyes determinadas que indiquen el camino y prevean los pasos futuros. Si el motor de la historia, su propio aliento, es el hombre, insatisfecho siempre y siempre dispuesto a extender su mano hasta donde ésta pueda llegar para modificar el ambiente, ese acontecer histórico, que en definitiva no es sino el suceder del hombre mismo, rechazará siempre esas leyes que pretenden imponersele.

Esto no quiere decir que los hechos que forman nuestro pasado sean un producto del capricho o la circunstancia, pues detrás de cada situación se encuentra la intención humana. La historia marcha por caminos que tiende el hombre, y de ahí que no logre siempre comprenderse, por esa protéica estructura de la humanidad. Sobre esto dice Alfonso Reyes algo muy significativo: "Resultado de una intrincación de causas difícilmente discernibles,

(2) *El Deslinde*. El Colegio de México, México, 1941. Pág. 61.

la realidad histórica nos aparece de pronto como un arbitrario efecto del azar. Sentimos, de tiempo en tiempo, la tentación de someterla a una lógica humana de juego más explicable y sencillo." (3). En efecto, el material de que se compone la historia se nos presenta así, como un "arbitrio efecto del azar", inexplicable y sorpresivo. ¿Qué hacer entonces? No caer en la tentación de simplificar, de colocar cuadros fáciles, sino por el contrario, llegar a la interpretación, que es la verdadera labor histórica.

Aquí estamos, pues, frente al trabajo del auténtico historiador. No debe limitarse éste, claro es, a recoger los hechos del pasado, a desempolvar documentos, a recuperar valiosos objetos perdidos, sino que tiene que ir todavía más allá, tiene que trasponer esos linderos con objeto de ingresar en el campo del hombre que verdaderamente se interroga a fin de lograr algunos posibles resultados, sirviéndose para ello de esos descubrimientos. No puede negarse que la "materia prima" es elemento esencial de la historia, sin la cual ésta no existiría, pues es la base de la que se parte, y afirmar lo contrario sería caer en el error. Pero no lo es todo, y afirmarlo sería falso también, pues no realiza obra histórica el que únicamente reúne materiales. Si así fuera, la historia, dice Alfonso Reyes, sería labor de picapedreros, no de arquitectos. Porque se cree "que el descubrimiento de materiales y la producción de nuevos datos lo es todo, aunque se trate de insignificancias o redundancias. Y aunque sin descubrimiento no hay historia, tampoco y mucho menos la habría sin la narración y la interpretación. Pues de cada mil descubrimientos generalmente hay uno que verdaderamente importe. En cambio, donde no hay un buen relato y no hay una honda o siquiera clara inteligencia, ¿quién pretendería que hay historia?" (4). Estas palabras, en boca de Alfonso Reyes, tienen más importancia de la que puede parecer a primera vista, porque no hay que olvidar que durante su estancia en Madrid trabajó en el Centro de Estudios Históricos, en archivos y bibliotecas, manejando documentos y piezas históricas, y de lo cual resultó esa rica investigación sobre las letras castellanas, que comprende buena parte de su obra. Son de aquel tiempo sus ediciones de el Arcipreste, Gracián, el Cid, Ruiz de Alarcón, Góngora, etcétera, publicadas en *Calleja*, en los clásicos *La lectura*, o en revistas y luego en tomos aparte. Esta labor de investigación le colocó frente a las figuras principales de la España de entonces que realizaban trabajos similares, y el mundo

(3) *Los trabajos y los días*, "La Historia y la Mente". Ed. Occidente, México, 1945. Pág. 51.

(4) Obra citada, "Sobre el escepticismo histórico". Pág. 203.

literario y crítico de Madrid reconoció en Alfonso Reyes al auténtico erudito. Pero precisamente lo que agigantó su figura fue esta "especial erudición" que no cayó en la pura producción de montañas de notas. Pasó sobre los documentos, pero no se detuvo aquí. Siguió adelante, porque siempre consideró que la auténtica cultura está más allá del dato y la crónica. Pero, justamente, para llegar a ella atravesó el camino que le iba a conducir a su fin. No hay que confundir, entonces, la obra histórica con la pura recopilación de materiales, pero tampoco puede negarse que esta labor, además de dar al que la hace el estricto sentido de la investigación, le lleva al conocimiento del pasado a través de la interpretación.

Aquí tenemos, pues, esbozados algunos caracteres de la labor histórica, como la ve Alfonso Reyes. Pero esta visión que tenemos ahora no es completa, es decir, que tenemos que agregar todavía otras observaciones, porque él va más allá. Frente a la labor material, a la colección de hechos pasados, y frente a la labor de interpretación, que da auténtico sentido a los trabajos del historiador, hay que colocar ahora la forma artística. Queda por ver, entonces, el aspecto estético.

No debe sorprendernos que Alfonso Reyes considere así la obra histórica. Es más, no podía ser de otra manera. Si nos acercamos a sus libros, de varia sabiduría, podremos darnos cuenta que giran en torno a un centro de gravitación: la belleza que anida en la palabra. Todo Alfonso Reyes, el poeta y el narrador, el ensayista y el crítico, trabaja y pule la palabra, ese instrumento de impura naturaleza, para que bajo su dominio ofrezca la armonía secreta, la íntima estructura, la que tras de sí, enlazada en discurso, es la manifestación misma del mundo de la idea. Este delicado laboreo del pensamiento no puede separarse de ninguna de sus obras, y ha guiado su pluma hasta encerrar en sus páginas la imagen huidiza, la que se pierde a veces en el laberinto de los conceptos.

Escritor por naturaleza, le acompaña la pluma en todas sus empresas. Nada extraordinario, entonces, buscar también la belleza en el relato histórico. Pero él no se refiere, sin embargo, a la belleza que provenga únicamente de la narración, sino que nos lleva hasta la que se encuentra en la entraña misma de la historia como pasado, como evocación, como representación de lo acontecido. Estamos ya frente al valor estético de la historia. Aquí, los materiales que trabaja el historiador, envueltos en la bruma de la distancia,

cobran una belleza singular, patética unas veces, encantadora otras, pero, en suma, poética siempre, nacida de esa recordación de las cosas pasadas. De aquí, entonces, surge la necesidad de enlazar esta belleza a la obra histórica misma, ropaje sin el cual podría extraviarse, como sucede a veces, en una árida narración salpicada de notas, pero sin la palpación de la palabra, que es capaz de hacer cobrar aliento vivo a lo tratado. Llega así Alfonso Reyes a la conclusión de que la historia, para llegar a ser una cosa viva, requiere del esfuerzo de la literatura. Después de todo, como él dice en ese libro producto de la "hora varonil de las abstracciones", *El deslinde*: "historia y literatura se mecieron juntas en la cuna de la mitología." (5).

Y así como hay belleza en el pasado y en la narración, puede haberla también en la interpretación. Esta cumplirá sus fines cuando se realice con esa vitalidad a que nos hemos referido anteriormente. No se excluye con ello la veracidad; por el contrario, ésta debe encarnar en una obra que persista dentro del orden artístico. Todo se complementa y todo forma parte de una sola estructura. "Dato comprobado, interpretación comprensiva y buena forma artística son los tres puntos que encierran el "triángulo de las fuerzas" y ninguno debe faltar." (6). Pero, no obstante, esto no sucede siempre, y nuestro autor insiste en que actualmente las artes de la narración y la interpretación se encuentran algo descuidadas, y explica así el fenómeno: "Lo que acontece es que las artimañas eruditas son reducibles a reglas automáticas fáciles de enseñar y que, una vez adquiridas, se aplican con impersonal monotonía. No pasa lo mismo para las artes de la narración y la interpretación, cuya técnica se resuelve en tener talento. Y como la inteligencia humana es de suyo perezosa, se arroja con voracidad sobre las recetas del pensar que prometen algún ahorro de esfuerzo." (7). Pero explicar —dice— no es absolver.

Es por demás interesante esta relación que establece entre la historia y la literatura, pues una y otra se ayudan, ya incrustándose el pasado histórico en ésta o bien tomando aquella, a falta de documentos, los temas literarios. Estos problemas de deslinde los estudia en el libro que mencionamos hace un momento, donde se ocupa precisamente de presentar a la literatura despojada de toda posible intromisión para pasar a desentrañar su contenido.

(5) Pág. 73.

(6) *Mi idea de la Historia*. Colección Camelina. Monterrey, 1949. Pág. 14.

(7) Obra citada. Pág. 17.